

TALLER DE INVESTIGACIÓN PERIODÍSTICA DE AFINA

Carreo, Las Razones Ocultas de un Asesinato

Carreo Blanco se convirtió desde el primer día de su nombramiento en un obstáculo para muchos. Los periodistas Carlos Estévez y Francisco Mármol iniciaron una investigación a partir de la desaparición del sumario de la investigación sobre su asesinato y comienzan a preguntarse:

¿Quién ordena al teniente coronel Aguado que no investigue las actividades de los sospechosos inquilinos del piso de la calle Mirlo, en Getafe?

¿Por qué ETA deja tanta documentación si tuvieron más de dos meses para dejar limpio el piso desde el que se escondían en Madrid? Y ¿por qué dejó pistas que conducían a la policía a otros pisos empleados por ETA?

¿Por qué el embajador Cortina hace caso omiso de la oferta –la entrega de tres destacados miembros del comando etarra- del Gobierno francés?

¿Por qué se vaciaron las inmediaciones a la calle Claudio Coello de toda vigilancia, con la embajada americana a menos de 100 metros y la llegada del Secretario de Estado Henry Kissinger a Madrid?

¿Qué hacía un coche de los servicios secretos en las inmediaciones de Claudio Coello?

¿Por qué a los miembros del servicio escolta de Carrero jamás les dieron la menor información del peligro que acechaba al almirante?

¿Hizo Arias Navarro todo lo posible para evitar el asesinato?

EL SUMARIO

Y los pocos que quedan han perdido la memoria o evitan decir una sola palabra de lo que saben: “Eso hoy a nadie interesa y hay cosas que es mejor no conocer.”

Todo es oscuridad en torno al magnicidio. Momentos después del asesinato, la caja fuerte en la que el presidente del Gobierno guardaba sus papeles fue inexplicablemente vaciada y de ella desaparecieron los documentos y las notas personales de Carrero Blanco, una persona metódica y ordenada acostumbrada a ponerlo todo por escrito.

Días después del atentado, con cierta desgana y de forma desordenada, comenzó a instruirse un sumario que nunca llegó a completarse, un sumario que fue de una jurisdicción a otra, como una patata caliente que nadie quiso coger para no quemarse. Quienes juraban haber sido

los autores reales del asesinato jamás fueron juzgados, aunque -extraña paradoja, pues no habían sido condenados- se beneficiaron de la amnistía a la muerte de Franco.

Lo que se recogió en aquel sumario permaneció durante muchos años oculto para quienes se preguntaban cómo había sido posible que durante algo más de un año un comando de ETA se hubiera movido por Madrid con total impunidad, a pesar de los avisos acerca de su presencia en la capital de España. En varias ocasiones, tanto la policía como la Guardia Civil estuvieron a punto de detener al comando, pero órdenes superiores lo impidieron siempre.

LA CIA

La obsesión de la CIA es conseguir que nuestro Estado tolere primero, y legalice después, la acción de dos partidos, “uno de carácter socialista y otro democristiano que deberán tener su expresión en una dualidad similar en el campo universitario y en el sindical. La CIA cree que con estas actividades cumple el deber de prever el futuro, pues de lo contrario al régimen débil sucedería el caos y a éste el comunismo.” afirma Francisco Franco Salgado-Araújo. Una forma de contrarrestar la creciente influencia de los grupos de izquierda en la clandestinidad: partidos políticos, sí, pero sólo aquellos que asumieran el juego democrático. Y éste había de pasar por la aceptación de la monarquía, tal y como se había preparado, el papel de vigilante supremo de las Fuerzas Armadas, el no revanchismo político y, sobre todo y por encima de todo, el respeto escrupuloso de los acuerdos y compromisos internacionales ya adquiridos. Es decir, el acuerdo para el mantenimiento de las bases norteamericanas en España. Y también la paulatina integración en la OTAN y la CEE.

Monarquía, sí, ¿pero con quién? Con alguien capaz de defender la herencia de Franco. Y ese alguien, en opinión de Washington, no era otro que el príncipe Juan Carlos, quien ya había recibido no sólo el visto bueno de las Cortes el 23 de julio de 1969, sino también el espaldarazo de los Estados Unidos, unos meses más tarde, en enero de 1971, al ser recibido en Washington con honores de jefe de Estado, quedando así patente el apoyo de la Casa Blanca a la solución sucesoria del régimen español.

El Príncipe, según confesó a López Rodó, estaba convencido de que Franco se retiraría, y ya le había manifestado al Caudillo la necesidad de llevar a cabo una apertura en España con estas palabras: “¿Quién me asegura, mi general, que dentro de diez años no habrá partidos políticos en España? Sería mejor declarar unos fuera de la ley y permitir otros.” Pero ni Franco, ni Carrero Blanco, ni los sectores más duros del régimen estaban dispuestos a pasar por ahí. Ni tan siquiera a reconocer a aquellas formaciones políticas creadas artificialmente a

la sombra del “deseo americano”, ni a admitir el asociacionismo, pues veían en ello una puerta falsa que daría entrada al comunismo.

ESE ELEGANTE HOMBRE DEL TRAJE GRIS

Los tres etarras reciben una llamada para concertar una cita. Argala llega puntual al lugar señalado. Wilson, por seguridad, se queda fuera del hotel. Argala se acomoda en una de las mesas de la cafetería. Pasan ya algunos minutos de las doce del mediodía y el etarra comienza a impacientarse. Mira constantemente su reloj. De pronto, un hombre se dirige hacia él. Es una persona de unos treinta a treinta y cinco años, con gafas, alto, moreno y de aspecto elegante, viste un traje gris oscuro y en su mano lleva una cartera. No llegan ni a cruzar un saludo. El hombre se sienta y, sin mediar palabra, saca de su maletín un sobre cerrado, se lo entrega a Argala y, tras darle la mano, se aleja. Ha transcurrido escasamente un minuto. Wilson le ve salir e introducirse en un coche. En ese momento aparece Argala. Tiene el sobre en la mano. En él no hay membrete alguno. Nada. Argala, en presencia de Wilson, rasga uno de los bordes y extrae una cuartilla donde, escrito a mano y con letras mayúsculas, se puede leer: “El almirante Carrero Blanco va todos los días a la misa que a las nueve de la mañana se celebra en la Iglesia de San Francisco de Borja, en la calle Serrano, frente a la embajada de los Estados Unidos. Con poco escolta.”

La información es de máxima importancia. Se trata del vicepresidente del Gobierno, del hombre llamado a suceder a Franco, el almirante Carrero Blanco. “En un bar pedimos una guía de teléfonos, miramos por el apellido y enseguida dimos con él. Coño, parecía raro que fuera tan fácil, una persona así. Y entonces, ya con eso, en un mapa del metro miramos la situación de la calle y vimos que estaba a un paso de la iglesia, lo cual confirmaba, bueno daba la posibilidad de que fuera cierta la información.”

Ni al comando desplazado a Madrid ni a la dirección de ETA se les había pasado nunca por la cabeza la idea de secuestrar o matar al almirante Carrero Blanco. ETA, hasta ese momento, tenía escasa experiencia terrorista: varias voladuras de antenas de televisión, dos secuestros de empresarios de la zona arte y el asesinato de dos funcionarios policiales, uno e ellos por “accidente”. Nunca se habían planteado el secuestro de un presidente del Gobierno, y menos hacerlo volar por los aires dentro de su coche. Las investigaciones policiales no obtuvieron resultado. La única persona que conocía el verdadero nombre del informante -Argala- resultó muerta cinco años después del asesinato del presidente Carrero Blanco.

Dos activistas de ETA asaltan una dependencia del DNI. Es la primera acción de ETA en Madrid. Y los terroristas cometen su primer gran error. La policía encuentra una huella que según el dictamen del gabinete de identificación pertenece a Juan Bautista Eizaguirre Santisteban, Zigor, activista de ETA, detenido en varias ocasiones. Este hecho se oculta a los medios de comunicación y el caso es archivado. Nadie, al parecer, se preguntó qué hacía un militante de ETA en Madrid.

Esta es la primera vez que los separatistas vascos se plantean, en serio, realizar un atentado fuera de las vascongadas. Se sabe que uno de sus comandos ha sido enviado a Madrid. La noticia, según parece, es recogida con escepticismo en el Ministerio de la Gobernación y entre los diferentes estamentos militares.

Iniesta Cano, director de la Guardia Civil, refuerza su seguridad y la de su familia con más efectivos. La Familia Real ya cuenta con un servicio de protección muy numeroso, pero se extreman las medidas de vigilancia, tanto en La Zarzuela como en los viajes al exterior.

Sin embargo, el vicepresidente del Gobierno, el hombre fuerte del régimen, Luís Carrero Blanco, está desprotegido. El hombre más poderoso del país, la sombra de Franco, la persona más odiada por toda la oposición al régimen tiene sólo un policía como escolta. Acude todos los días a la misma hora a la iglesia de San Francisco de Borja y muchas veces se dirige a su despacho dando un paseo por Madrid, en un Madrid lleno de comunistas y subversivos.

Ignacio Pérez Beotegui, Wilson, responsable de los comandos operativos, y José Miguel Beñarán Ordeñana, Argala, están a tan sólo un metro del hombre fuerte del régimen. Han llegado con total impunidad a comulgar detrás de Carrero Blanco, se han sentado en varias ocasiones detrás de él. Un solo escolta y dos terroristas armados. El sucesor del Caudillo, el continuador del régimen, el clon de Franco está a tiro durante días y semanas, pero extrañamente no ocurre nada.

La Guardia Civil y los servicios secretos de Presidencia del Gobierno, el todopoderoso SECED, saben que ETA ha enviado un comando a Madrid, con la finalidad de atentar contra una alta personalidad del Estado. Todos los datos están recogidos en un documento, clasificado como secreto, llamado informe "Turrón negro". Los confidentes que la policía de Sainz ha logrado introducir en los ambientes abertzale del sur de Francia captan también una valiosa información fechada el 27 de diciembre de 1972. En ella se anuncia que "miembros de los más destacados de ETA han comentado, hace unos ocho días que están preparando una acción fuerte en Madrid, sin que precisaran cuándo piensan llevarla a cabo". Esta nota es remitida por vía urgente a Madrid. El Ministerio de Gobernación no reacciona. Nadie quiere

precipitarse a la hora de tomar decisiones. Los problemas se aparcan para mañana. No se quieren adoptar medidas. Y los hombres que habían de proteger en el terreno a las personalidades mencionadas en el informe, los policías y militares que habían de estar alerta ante posibles peligros nunca supieron nada.

José Conde Monge, jefe de coordinación y documentación del SECED, ignora aún hoy el contenido de este informe, según ha declarado a los autores de este libro. Otra de las personas que afirma que nunca tuvo noticia de esta valiosa información es el hoy general Aguado, entonces jefe de la 111 Comandancia de la Guardia Civil, responsable de la seguridad en Madrid: “No sé yo eso. No lo he oído nunca.”

CINCUENTA MILLONES Y TRES MIL KILOS DE EXPLOSIVOS

El 16 de enero de 1973 se produce en Pamplona el secuestro del industrial navarro Felipe Huarte. La organización separatista ETA solicita un rescate de cincuenta millones de pesetas a pagar en dólares y marcos alemanes. El rescate pedido se paga y Huarte es liberado. ETA recauda así una importante cantidad de dinero. Cincuenta millones de pesetas que la dirección etarra va a destinar a costear el atentado contra el almirante Carrero Blanco. Dinero suficiente para alquilar o comprar vehículos y pisos en Madrid, así como para sufragar los gastos de una veintena de etarras...

La policía y varios servicios de inteligencia militar tienen ya un completo archivo sobre ETA y sus comandos armados. Listados donde se detallan direcciones y teléfonos, acompañados de fotografías.

UNOS VASCOS MUY EXTRANOS

[Los etarras que coordinan el atentado ya están en Madrid. Hacen vida normal y socializan con las personas de su entorno. A modo de broma, debido a su acento marcado vasco, algunos vecinos los apodan “los de la ETA”]

A una de las habituales partidas de mus de los etarras en un bar cercano asiste un curioso espectador. Tiene apariencia de obrero y sigue con interés el juego, pero lo que despierta su interés es el acento de los jugadores, así como el hecho de que entre ellos empleen expresiones en vasco. Se acerca al camarero y le pregunta que quiénes son los nuevos vecinos. “Llevan ya unos días en el barrio. Son vascos. Trabajan y estudian.” La persona que ha mostrado tanto interés por la partida de mus es un agente del servicio de información de la Guardia Civil adscrito a la 111 Comandancia de Madrid.

El agente realiza más visitas por éste y otros establecimientos de la zona, hace algunas preguntas y decide poner estos datos en manos del servicio de información. Cursa el correspondiente informe y de esta forma el asunto llega hasta la mesa del jefe de la comandancia, el teniente coronel Francisco Aguado, quien no lo deja caer en saco roto: “Había muchos indicios de cosas raras, pues salían por ahí de viaje dos o tres días... en fin, que no era una vida normal para unos estudiantes.”

Finalmente se decide abrir una investigación de los etarras en Madrid, no es necesaria una orden judicial. Todo está preparado, pero cuando ya estaba dispuesto para ejecutarse el servicio, el teniente coronel Aguado recibe una orden superior: la operación no debe llevarse a cabo. No es habitual que un teniente coronel, el responsable de la 111 Comandancia de la Guardia Civil, reciba instrucciones de la superioridad para que no intervenga en lo que se supone que es una operación rutinaria. Una simple llamada de teléfono y alguien le ordena al teniente coronel Aguado que anule el servicio. Es la orden de un superior y en la Guardia Civil las órdenes no se discuten, sólo se cumplen. Y se da carpetazo al asunto. El hoy general Francisco Aguado aún no encuentra explicación a aquel hecho: “Que se suspendiese el servicio, nada más, no dijeron más, no dieron más explicaciones ni uno podía pedir las tampoco, pero la disciplina obliga.” Quien anuló la operación tuvo la precaución de no dejar rastro y dio la orden por teléfono. El hoy general Aguado se niega a desvelar el nombre de su superior, sólo sonríe y dice que “Como decimos nosotros, venía de arriba, de muy arriba”.

El director general de la Guardia Civil, Carlos Iniesta Cano, sabía ya que ETA pretendía llevar a cabo una acción espectacular en Madrid que podría suponer el secuestro del almirante Carrero, del príncipe Juan Carlos o de él mismo. Tanto los servicios de información de la Policía, como los de la Guardia Civil y el propio SECED prestaban especial atención a los estudiantes que residían en Madrid. Los porteros de los inmuebles, los propietarios de las casas de alquiler o los responsables de las residencias de estudiantes eran interrogados continuamente acerca de quiénes residían allí, cuáles eran sus costumbres, qué amistades frecuentaban, acerca de si recibían visitas o no, etc.

UNA MERCERÍA COMO “ZULO”

La ayuda de Eva Forest [simpatizante terrorista afiliada al partido comunista y residente en Madrid] es inestimable. Está dispuesta a cualquier hora y se presta a todo tipo de colaboración. Ezkerra no deja de enviar mensajes al sur de Francia solicitando más gente. Pero ahora lo prioritario es conseguir un lugar seguro donde ocultar a Carrero Blanco.

Necesitan un “zulo” donde esconder y mantener a salvo a “la pieza”. La idea es que el secuestrado estuviera continuamente vigilado por cuatro activistas. Wilson, Argala, Zigor y Ezkerra se turnarían para no dejarle solo ni un minuto, y atenderle hasta que llegara la orden de la dirección de su puesta en libertad o su ejecución. Llegan a Madrid nuevos activistas para colaborar en la acción. La esposa de Ezkerra, Rosario Lasa Leunda, Esperanza Goicoechea Elorriaga, Charo, y Pedro Ereño Gorrochategui, el Pelos.

Primero alquilan una vivienda en el número 2 del paseo de La Habana, una zona residencial de alto nivel de Madrid. Un piso de seguridad en el que atender a posibles bajas y en el que refugiarse después de deshacerse del secuestrado.

EL OBSTÁCULO ES CARRERO

Carrero se convertía en un estorbo desde el mismo instante de su nombramiento. Para los más aperturistas del régimen era el hombre que iba a bloquear los partidos políticos. Para los hombres del Movimiento y la familia Franco, la persona que iba a traer al Rey e instaurar una monarquía de la que desconfiaban y que podría terminar con aquello que tanto les había costado conseguir y conservar. “Sí, efectivamente, efectivamente”, respondió Laureano López Rodó [ministro comisario del Plan de Desarrollo] a la pregunta de si creía que Carrero era un estorbo para ciertos sectores franquistas.

López Rodó y Torcuato Fernández Miranda [Presidente de las Cortes y del Consejo del Reino] intentan una y otra vez convencer a Carrero Blanco de la necesidad de dar luz verde al asociacionismo político, una especie de dique capaz de contener las peticiones de los clandestinos partidos políticos y una manera de mostrar al exterior que España estaba cambiando. Pero Carrero estaba dispuesto a no dejarse influir y a frenar desde el primer momento cualquier iniciativa en este sentido.

El abogado Juan María Bandrés, que desempeñó un importante papel político en la transición, cree que la presencia de Carrero Blanco a la muerte de Franco hubiera sido un tapón, un obstáculo bastante importante para avanzar: “Yo no veo compatible a Carrero Blanco con la autonomía vasca, con el concierto económico, con la política autónoma. No le veo aceptando.”

PRÁCTICAS DE TIRO EN LA SIERRA

La policía controlaba habitualmente la identidad de quienes solicitan contratos de vehículos. Sin embargo, nadie pareció reparar que un activista de ETA fichado y buscado alquilara un coche en Madrid. Dos días después, Atxulo comete el mismo error. Alquila otro vehículo

marca Seat, modelo 850, y rellena de nuevo el contrato con su verdadera identidad y dirección. En esta ocasión el coche sería devuelto al día siguiente con tan sólo 92 kilómetros de recorrido, por lo que pagó la cantidad de 446 pesetas.

Atxulo debía sentirse muy seguro para facilitar su filiación real en ambos casos. Incluso llegó a solicitar al dependiente que le extendiera una factura con el fin de “justificar los gastos con la empresa a la que pertenecía”. Ezkerra ordena a la decena de activistas de ETA que se encuentran en la capital que abandonen de forma ordenada Madrid. “El día 20 de julio, aproximadamente, y dado que los miembros del Gobierno inician sus vacaciones, se acuerda suspender momentáneamente la operación. Nos marchamos a San Juan de Luz por Barcelona ya que en fechas próximas se iba a celebrar la primera parte de la VI Asamblea.”

ERRORES DE ETA

A finales de septiembre, el comando etarra decide probar por segunda vez su destreza. Diez meses antes habían asaltado una oficina del DNI. Ahora su objetivo es una armería. La operación se realiza el 26 de septiembre y es un éxito, pero el acento vasco de los asaltantes no pasa desapercibido al dependiente. No obstante, la policía no le muestra fotografía alguna de terroristas de ETA ni pide su colaboración para elaboración un retrato robot.

Pocas horas después el miembro de ETA Jesús María Zabarte Arregui, Garratz, es detenido en Bilbao. Después de un intenso interrogatorio declara que los documentos de identidad falsos que se le han incautado los lleva para exhibirlos según sea la provincia donde se realice el control y tenga que identificarse. De la falsificación de estos DNI está encargado José Ignacio Abaitua Gomeza, Marquín, que dispone de bastantes cartulinas en blanco. Todos estos documentos los ha recibido de Iñaki Múgica Arregui. Los carnés que se encuentran en poder de Garratz son algunos de los que habían sido robados hace casi un año en Madrid.

Los despistes etarras rozan lo tragicómico, y sus descuidos son imperdonables. En una ocasión uno de ellos se dejó olvidada una bolsa en el café Comercial: en ella se encontraba una pistola cargada. Unos minutos después los activistas regresan corriendo al establecimiento y comprueban que ha desaparecido de la mesa. Tras el susto inicial ven que la ha recogido uno de los camareros, que sin articular palabra se la devuelve. Nadie dijo nada. No volvieron más a esa cafetería. Pocas semanas después otro grupo se deja olvidada en un bar una bolsa de deporte cargada de armas y municiones. La pesada bolsa contenía un fusil ametrallador.

En octubre de 1973 dos etarras resultan heridos en tiroteo que mantienen en la calle Doctor Alreilza de la capital vizcaína con fuerzas de la policía. Inmediatamente son llevados al hospital de Basaurto, donde son interrogados. [...]

Uno de los etarras, Garratz, confiesa que “hay más de 50 activistas en el sur de Francia preparados para pasar a España divididos en ocho grupos para coordinar distintas operaciones militares, y que él mismo ha entregado a Atxulo, en Madrid, 250.000 pesetas.

Según parece, los policías que lo interrogaron se olvidaron de preguntarle a dónde se dirigían los ocho comandos etarras, en qué lugar del interior se encontraba Atxulo, así como en qué iba a emplear Atxulo el dinero que le había entregado.

El otro activista de ETA, también herido gravemente por los disparos de la policía, es Manuel Michelena Loyarte, Oxobi. En el interrogatorio no se le pregunta de dónde venía, ni cuál había sido su actividad en las últimas semanas. De haber formulado estas preguntas, la policía habría descubierto que pocas fechas antes se encontraba en Madrid colaborando con el comando Txikia [encargado del atentado contra Carrero Blanco].

El ruido [de la excavación en el sótano del piso de Claudio Coello, al lado de la Iglesia y la embajada de EE.UU., para colocar los explosivos] es ensordecedor, lo que provoca que algunos vecinos se quejen al portero de la finca. Pero el mayor problema para los etarras estaba aún por llegar. Mientras uno picaba y extraía tierra, los otros la introducían en bolsas y sacos, que eran almacenados en un extremo de la habitación: “En cuanto dimos con la tierra empezó a oler a gas. No es que hubiera ningún escape grande, era la tierra, que estaba impregnada del olor aquél. Era una tierra húmeda, blanda, grasienta.”

A medida que el trabajo avanza, el olor que despide la tierra comienza a ser insoportable. Los etarras llegan a sufrir intoxicaciones leves y un olor a podrido se expande por todo el edificio. Varios vecinos se quejan al portero porque el olor a gas y a tierra putrefacta es intolerable.

La inexperiencia de los etarras en este tipo de trabajo convertía el túnel en una ratonera. Argala propone que uno de los tres acuda a una biblioteca y consulte un libro técnico sobre minas. Argala va temprano a la Casa del Libro, en la Gran Vía de Madrid. De repente se da cuenta de que la gente le rehúye y le mira con cara de asco. “Desprendía un tufo que apestaba.”

Los turnos de trabajo en el túnel son cada vez más breves; se entra cada media hora, después cada cuarto de hora y se llega a un punto en el que sólo se aguanta cinco minutos. Los etarras no saben mucho de minas ni galerías, pero alguien les ha informado de que la

forma de no fallar en su objetivo es excavar una galería en forma de “T” y colocar tres cargas explosivas para que la deflagración alcance de lleno al vehículo del Presidente. Los activistas de ETA tienen muy limitados conocimientos de explosivos, pero alguien les ha enseñado también qué hacer con las decenas de sacos de tierra que han extraído, varios metros cúbicos de tierra que colocan de forma correcta para que la onda expansiva sólo llegue a la boca del túnel y no se expanda por la vivienda. Ninguno de los tres terroristas es un experto en tender cableados; pero alguien se encarga de situar los cables en el lugar adecuado con una precisión de experto artificiero.

El historiador y amigo personal del almirante Carrero, Ricardo de la Cierva, en su libro “¿Dónde está el sumario de Carrero Blanco?”, dice que no descartó en ningún momento que la CIA pudiera haber conocido previamente el proyecto de ETA para atacar contra Carrero y asegura que “la estación de la CIA en la calle Serrano disponía de elementos modernísimos de detección, que podían captar la excavación del túnel y fotografiar a los etarras y cómplices de vigilancia”.

LOS AVISOS DE LA CIA

Laureano López Rodó no tiene explicación al hecho de que ETA preparada un túnel durante dos meses tan cerca de la embajada norteamericana, sin que éstos la detectaran, teniendo en cuenta que Kissinger iba a visitar España e iba a alojarse allí, a 100 metros. “Yo creo que esto es un enigma histórico difícil de explicar, porque tampoco hay que olvidar que el lugar donde se produjo el asesinato estaba a pocos metros de la embajada norteamericana y Kissinger estuvo un día antes, exactamente veintitrés horas antes, con el almirante Carrero y residió en la embajada norteamericana, entonces me parece que los servicios de inteligencia de la embajada también podrían haber detectado que algo ocurría en la calle Claudio Coello, porque incluso podía afectar al propio Kissinger, que estuvo dos días en España. [...] Pienso que nunca se logrará saber toda la verdad sobre quién estaba detrás de ETA. Es sorprendente que los servicios de seguridad del Estado no tuvieran información acerca de una galería subterránea que venía excavándose durante varias semanas bajo una calle por la que pasaba diariamente el presidente del Gobierno. Igualmente sorprendente es que la inteligencia norteamericana tampoco se hubieran dado cuenta de que se realizaba una excavación a menos de cien metros de la embajada de los Estados Unidos, con la inmediata venida a Madrid del secretario de Estado, Henry Kissinger.”

López Rodó no se equivocaba al manifestar sus dudas. Los servicios de información norteamericanos pudieron haber detectado la presencia del comando de ETA en las inmediaciones de la embajada de Estados Unidos. Así se desprende de la conversación que un agente de la CIA destinado en Madrid mantuvo con un coronel de los servicios de información del Alto Estado Mayor del Ejército español. El coronel C. S., que no desea ser identificado, ha asegurado a los autores de este libro que comunicó a sus superiores esta información en cuanto tuvo conocimiento de ella. Aquellos individuos sospechosos vestidos con mono azul que operaban en la calle Claudio Coello fueron descubiertos, pero no identificados, una semana antes del atentado contra Carrero Blanco. Ésta es una transcripción literal de lo que el militar español nos dijo:

“La embajada americana detecta cosas raras. La embajada americana detecta algo extraño y lo pone en conocimiento... Eso fue cuatro o cinco meses antes de producirse el atentado.

- ¿Hay una comunicación por escrito, algún cable?

“-Sí, sí, había una comunicación de los servicios de la CIA y además yo conocía al jefe de los servicios de la CIA, era muy amigo mío. Hemos detectado cosas extrañas, claro, a ellos lo que les preocupa es la embajada. Han detectado tíos con mono que circulan por ahí y no se hace nada, es que es prodigioso, es un fracaso total de los servicios de seguridad españoles, de la policía de Carlos Arias. Esta persona, que era jefe de Seguridad de la embajada, contacta conmigo porque probablemente le interesa, bueno, por cambiar informaciones pues me interesaba también y yo le daba las informaciones que creía que le debía de dar y él a lo mejor me daba también las mismas, pero bueno, había siempre cosas interesantes. Entonces éste es el que me dice, oye, hemos detectado al lado de la embajada pues cosas raras, unos individuos con mono y con unas herramientas que andaban cerca de la embajada y yo se lo dije a la policía, el jefe superior de Policía era Federico Quintero.”

La policía española no tuvo en cuenta estas advertencias, pero tampoco lo hizo el Alto Estado Mayor, donde también se recibió esta información. Es curioso, porque los servicios de inteligencia militares nunca desechaban dato alguno referido a la seguridad del Gobierno, todo se comprobaba por pequeño que fuera. En aquellos años peligraba la estabilidad del régimen, por eso todavía hoy, para los agentes ya retirados resulta de todo punto incomprensible el que decidieran ignorar las advertencias que les llegan a través de sus “amigos” americanos, y nada menos que en una zona donde residían ministros, vivían altos cargos militares y se ubicaban varias sedes diplomáticas.

TODO ESTÁ CONTROLADO

[El día del atentado, Carrero Blanco va, como de costumbre, a la misa de mañana en la Iglesia de San Francisco de Borja, un 20 de diciembre de 1973] Un coche mal aparcado obligó al conductor [de Carrero Blanco] a reducir la marcha. El chófer puso el intermitente derecho y superó lentamente el obstáculo. Nadie se fijó en una raya roja de casi un metro pintada en vertical sobre la pared del edificio de los jesuitas. Cuando el coche en el que viajaba Carrero Blanco llegó a la altura del Austin Morris 1300 situado en doble fila y de la señal pintada en la pared; un hombre enfundado en un mono azul, subido a una escalera, al otro lado de la calle, accionó un dispositivo conectado por cable a una carga explosiva y la calle Claudio Coello, a la altura de número 104, se abrió en dos.

Aquel hombre de mono azul era José Miguel Beñarán Ordeñana, Argala, y describe así lo que vio: “No vi el coche, pero vi que subía el suelo. Hizo un ruido sordo. Hubo un instante en que parecía que no pasaba nada y de repente -sin ruido casi- vi que todo el suelo se abría, subía, y una nube negra que llegaba hasta los tejados. Y empezamos a gritar: ¡gas!, ¡gas!”

Varios agentes de la Guardia Civil, policías de la social y numerosos altos mandos del Ejército se acercan hasta el sótano de la calle Claudio Coello. No pueden concebir que un grupo de subversivos separatistas vascos, sin experiencia probada, hayan ejecutado con tal precisión un atentado tan sofisticado. Aún no pueden entender cómo es posible que el coche en el que viajaba el presidente del Gobierno se encuentre en la cornisa de un edificio, a treinta y cinco metros de altura, después de haber sido alcanzado de lleno por setenta y cinco kilos de explosivo. Un auténtico trabajo de profesionales.

Los activistas de ETA son, en 1973, meros principiantes del terrorismo. Inexpertos en el manejo de explosivos y mucho más en la elaboración de túneles en forma de “T” perfectamente apuntalados. Es muy difícil comprender cómo una veintena de activistas armados circulan durante más de un año por Madrid sin ser detectados por los innumerables cuerpos de seguridad y servicios secretos, en especial si se tiene en cuenta la escasa disciplina, el nulo cumplimiento de las reglas básicas de la clandestinidad y los numerosos errores cometidos por la mayoría de los integrantes del comando Txikia.

El comisario José Sainz había advertido una y otra vez a Madrid sobre las acciones que preparaba la organización y al describirse las facciones de los terroristas que habían sido vistos, advirtió: “es Argala, ése es Argala.”

Pero precisamente cuando el régimen tocaba a su fin y los partidos de la oposición se preparaban ya para salir de la alcantarilla y ver la luz después de tantos años, precisamente ahora, a alguien se le había ocurrido llevar a cabo una acción sorprendente y brutal que, sin duda, iba a significar un retroceso importante en el proceso hacia la transición, y que a quienes menos parecía favorecer era a los todavía ilegales partidos de la oposición.

ESO SÓLO OCURRE EN LAS PELÍCULAS

En el consejo previsto para las diez de la mañana del 20 de diciembre se iba a tratar de nuevo de dar un impulso a la Ley de Asociaciones Políticas. Se dedicaría toda la mañana a este asunto, de forma monográfica. Carrero no parecía dispuesto a transigir, a pesar de las opiniones de muchos de sus ministros, y pensaba dirigirse al Gobierno allí reunido antes de que cada uno de ellos manifestara su opinión para frenar la iniciativa y que el tema no llegara al Consejo de Ministros del día siguiente, que había de presidir Franco. Un Franco decrepito y posiblemente “ausente”.

Carrero quería cortar de raíz toda posibilidad de que saliera adelante aquel proyecto. Para él la Ley de Asociaciones Políticas era una puerta abierta a los partidos y cuando el almirante hablaba de partidos pensaba siempre en los días previos a la Guerra Civil. Sin embargo, aquéllos partidos a los que se quería dar paso, no eran otros que los diseñados desde dentro del régimen o impulsados desde el extranjero, bajo la atenta mirada de los Estados Unidos. Con su negativa Carrero no estaba haciendo otra cosa que entorpecer un proceso imparable y retrasar peligrosamente el proyecto de recambio puesto en marcha en los Estados Unidos.

Carrero Blanco no hubiera admitido nunca un artículo cuarto de la Constitución española en el que se contemplara un Estado de las Autonomías, según reconoce Su hijo el almirante Carrero, pues su padre veía en esto el fin de la unidad de España. Tampoco hubiera aceptado la legalización del Partido Comunista: “Estoy convencido de que mi padre no se hubiera opuesto a cambios políticos que eran lógicos. Ahora, al desmembramiento de España, estoy seguro que no

Meses antes, Carrero Blanco había sido informado por los servicios de espionaje de la Guardia Civil de la existencia de un plan de ETA para secuestrarle. Ante esta posibilidad el presidente del Gobierno había dado instrucciones precisas a su familia, como recuerda hoy muy bien su hija Carmen: “Mi padre le comentó a mi hermano Guillermo: "Si alguna vez me secuestran no deis por mí ni un duro.”

EL CAMINO ESTÁ DESPEJADO

20 de diciembre de 1973. Centro de Madrid y carreteras nacionales. Toda España había contenido el aliento. Era un día frío. En Madrid el paisaje era de miedo y espera. Por las calles apenas circulaban coches, nadie se detenía charlar o a comentar lo sucedido, pero los teléfonos no dejaban de sonar. Madrid era una ciudad vacía. A pesar de que la prensa de aquellos días decía textualmente que “los controles de policía en las carreteras son muy estrictos”, y que “una vigilancia muy estrecha se produce en la frontera con Francia”, los caminos que unen Madrid con el País Vasco aparecen despejados, así como la frontera francesa. No hay ningún control de carreteras. Él abogado socialista Fernando Múgica, asesinado por ETA 22 años después, recordaba en una carta los 500 kilómetros recorridos ese día entre Madrid y San Sebastián, y en su opinión parecía como si alguien se hubiera preocupado de retirar controles, justamente lo contrario de lo que el policía más torpe hubiera ordenado hacer.

La alcaldesa de Bilbao, Pilar Careaga, comentó a Carmen Carrero algo parecido. El día del atentado estaba en Madrid. Al emprender viaje de regreso en coche a la capital vizcaína, se armó de paciencia, pues temía los numerosos controles policiales. Sin embargo, llegó a Bilbao como si nada hubiera ocurrido. En la carretera hacia el País Vasco no había ni un solo control de la policía o la Guardia Civil. También el aeropuerto de Barajas estaba despejado, como recuerda Carmen Carrero: “Cuando fui al aeropuerto a coger el avión no encontré controles de ningún tipo. No hubo ningún control.” Y lo mismo ocurrió en las carreteras que unen el País Vasco con la frontera francesa. El comando de ETA tuvo el camino expedito para salir de Madrid y regresar a su lugar de origen, igual que numerosos militantes y dirigentes de la izquierda, que temieron en aquel momento fuertes represalias contra ellos.

Los miembros del comando de ETA que había hecho volar por los aires al presidente del Gobierno -Jesús Zugarramurdi Huici, Kiskur, José Miguel Beñarán Ordañana, Argala, y Javier María Larreategui Cuadra, Atxulo- seguían en Madrid, pero en aquellos días pudieron haber circulado libremente por las carreteras españolas y pasar a Francia, en donde se encontraban los cabecillas del comando, Pedro Ignacio Pérez Beotegui, Wilson, y José Ignacio Múgica Arregui, Ezkerra, junto a José Antonio Urruticoechea Bengoechea, Josu Ternera, y José Manuel Pagoaga Gallastegui, Peixoto. Aquella inexplicable tranquilidad del Gobierno ante lo que acababa de suceder no fue entendida por muchos y menos por la hija del

almirante, Carmen Carrero: “Es que es muy gordo, matar a un presidente de Gobierno y que no haya pasado nada, como si no hubiera pasado nada. Claro que se dejó hacer, estoy convencidísima que se dejó hacer.” Carmen Carrero asegura una y otra vez que a su padre lo quitaron de en medio por intereses políticos y que existen muchos puntos oscuros todavía hoy no aclarados en torno al asesinato de Carrero Blanco: “Que se haga el túnel y no se sepa, estando como estaba Kissinger en España, que la vigilancia era máxima. Que le hubieran dicho el día anterior a mi padre que todo estaba controlado y que sucediera lo que sucedió. Puntos oscuros son todos. No hay ninguno claro.”

A pesar de las sospechas que se hicieron llegar a Blas Piñar, [Ministro de Asuntos Exteriores], Arias Navarro [Ministro de la Gobernación] no dudó en tranquilizar al presidente Carrero cuando le reiteró que todo estaba bien respecto a la seguridad y el orden. Del Ministerio de la Gobernación no salió orden alguna a las unidades especiales de la Policía o de la Guardia Civil para movilizarse en busca del comando de ETA. Aquel día también fue sorprendente para los funcionarios de las fuerzas de seguridad, que no entendían lo que estaba pasando. Sus jefes estaban muy tranquilos, y en la Presidencia del Gobierno también.

LAS ÓRDENES DE INIESTA

Una de las personas consultadas por Iniesta, director de la Guardia Civil, fue el líder ultraderechista Blas Piñar: “Me pidió que acudiese a la Dirección General de la Guardia Civil y me dijo: “Mira, éste es el texto de la orden que he dado a todas las comandancias de la Guardia Civil, sobre todo a las fronteras, los aeropuertos y los puertos, etc., para evitar que esta gente, los asesinos, huyan y el crimen quede impune.” Lo leí y me pareció estupendo, y yo le dije: “Querido Carlos, pero ¿vas a mantener esta orden?” La alarma cundió en los gobiernos civiles. El cruce de llamadas fue constante ante lo que parecía un estado de excepción encubierto. El general Iniesta Cano intentó mantener el telegrama y se negó a anularlo cuando se lo pidió el ministro del Ejército en funciones, almirante Pita de Veiga. Tuvo que ser Torcuato Fernández Miranda quien le obligara a retirar las órdenes. Esa misma noche, radio París interrumpió sus emisiones habituales para informar de que la organización terrorista ETA reivindicaba el atentado.

Siete días antes del asesinato, tanto la Guardia Civil como los servicios de la Presidencia tuvieron noticia de que ETA se proponía secuestrar al presidente del Gobierno y a su esposa, aprovechando cualquiera de las salidas en coche de ambos,” confirmando informes anteriores. ¿No parece éste motivo suficiente para ocuparse de la seguridad del presidente?

[... pero sobre todo] ¿cómo había sido posible que pudieran circular libremente por Madrid una veintena de etarras durante más de un año sin ser detectados y detenidos? Esta misma pregunta se la hicieron también los principales dirigentes de los partidos de la oposición a Franco, aquellos que mejor conocían la eficacia de la policía española cuando se trataba de reprimir a los enemigos del sistema. Para Santiago Carrillo se trata de algo inexplicable: “Si alguno de nuestros militantes hubiera cometido la décima parte de las imprudencias que cometieron los etarras, yo estoy seguro que la policía hubiera dado con él y lo hubiera detenido.”

LA NEGATIVA DE CORTINA

[La policía francesa, secretamente informó al día siguiente a la embajada que sabían quiénes habían dirigido el atentado y sabían sus domicilios en Francia: estaban dispuestos a colaborar para entregarlos a la policía española] Nunca, hasta aquel momento, la policía francesa había prestado un servicio parecido al Gobierno español. Sin comprometer su postura pública de rechazo de la dictadura ponían en bandeja de plata ante la embajada española a los principales responsables del asesinato del almirante Carrero. Este cambio en la actitud de las autoridades francesas era significativo. Pero ¿cómo sabían, a tan pocas horas del atentado, quienes formaban el comando de ETA y quiénes lo dirigían?

Cuando el comisario Botariga terminó de hablar, Pedro Cortina Mauri [embajador español en Francia] le agradeció la información y dio por terminada la entrevista, despidiéndose de los comisarios franceses con estas palabras: “Muchísimas gracias. Adiós. Son ustedes muy amables.”

Una vez que se fueron, Sotomayor [ministro plenipotenciario de la embajada y primer receptor de las noticias] se quedó a solas con su embajador y le apremió:

-Embajador, ¿qué hacemos?

-Tonterías. Son tonterías. No hay que hacer caso.

-A mí esto me parece muy grave.

No hubo respuesta. Álvarez de Sotomayor insistió en que la información debía llegar a manos del Gobierno español.

“Mira, ¡déjame en paz!”, fue la respuesta de Cortina.

UNAS OPORTUNAS VACACIONES

Las horas pasaban y las autoridades francesas, atónitas, no podían creer lo que estaba ocurriendo. Pedro Cortina Mauri hizo sus maletas y se dirigió al aeropuerto para emprender

viaje a Madrid. El asunto era de tal envergadura que Álvarez de Sotomayor, temiendo que su embajador negara la evidencia, decidió acompañarse de testigos entre los funcionarios de la embajada. Todos juntos se dirigieron al aeropuerto y pidieron a Pedro Cortina Mauri que diera curso al informe oficial firmando el telegrama redactado por Álvarez de Sotomayor [que daba luz verde al arresto de los dirigentes de ETA que se encontraban en Francia]. Forzado por la situación el embajador cede, pero no sin antes decir a su primer secretario: “Ahí te las compongas.” Firmó el telegrama y se fue. Demasiado tarde para tomar ya cualquier determinación.

Varias interrogantes surgen al hilo de estas revelaciones hechas _por el ministro plenipotenciario de la embajada española París. A primera y más sorprendente, ¿con qué respaldo contaba el entonces embajador de España en París, Pedro Cortina Mauri, para que ni siquiera obedezca las órdenes dadas por su ministro, Laureano López Rodó, de que no abandone París? ¿Por qué no quiso detener inmediatamente a los etarras que habían asesinado a Carrero Blanco? ¿Acaso por la información que podría haber revelado los apoyos que tuvieran para cometer el magnicidio? ¿A quién o a quiénes podría haber involucrado?

Un diplomático nunca hubiera asumido en solitario la responsabilidad de pasar por alto la información dada por el comisario francés, y mucha menos habría dejado de hacerla llegar a sus superiores en un momento tan delicado. En aquellas días, a tan sólo unas horas del asesinato del almirante Carrero Blanco.

El asesinato de Carrero Blanco ha permitido a Franco nombrar a Arias Navarro –“no hay mal que por bien no venga” [diría Franco en su discurso a la nación dos días después]-, es la garantía de su familia para el futuro”, señala Luis María Anson. [...] “En una cacería, el marqués de Villaverde había comentado para estupefacción de López Rodó: “Por lo pronto tenemos cinco años de gobierno de Arias, después ya se verá”, torciendo el gesto al referirse a don Juan Carlos. La familia no ha renunciado a liquidar al Príncipe para sustituirle político Alfonso Dampierre.” Todos querían conservar aquellos principios que Franco había mantenido durante tantos años, pero cada uno a su manera.

Carrero Blanco cayó muy pronto en el olvido. Nunca el régimen al que él había servido con tanta fidelidad durante tantos años hizo el menor gesto público en su memoria. Jamás se volvió a hablar de él. Todo quedó borrado. Sumido para siempre en el olvido. Ni tan siquiera los intentos de su viuda por honrar la memoria de su marido tuvieron eco en el Gobierno. Hubo de acudir a Blas Piñar y fueron ellos, Fuerza Nueva, quienes le rindieron el homenaje. Carrero quedó así como un símbolo dentro de la ultraderecha. Hay quien dice toda-

vía hoy que esto no se ajusta al significado real de la figura del almirante y que Carrero Blanco se merecía otra cosa. Que se le ha querido borrar intencionadamente de la memoria colectiva de los españoles.

“Nadie se atreve a escribir nada, ni a poner nada, ni a decir nada, o sea, que la figura de mi padre la va borrando el tiempo, que menos mal que dicen que un soldado no muere nunca, se desvanece en el tiempo.” y no le falta razón a Carmen Carrero ni a los miembros de su familia que todavía hoy están sorprendidos por el olvido al que se ha sometido a la figura de su padre. “Es un complot de silencio que hay sobre su persona. Sobre su muerte y su vida hay un complot de silencio.”

Muchas han sido las puertas que se han cerrado a los autores de este delito. Nadie quería hablar del asesinato de Carrero Blanco. De pronto, muchos cerebros lúcidos han perdido la memoria. Algo existe en este asunto que provoca la amnesia instantánea en aquellos a quienes se pregunta y cuando uno insiste, siempre se encuentra con la misma respuesta: ¿pero a quién puede interesar hoy quién mató a Carrero Blanco? Y quienes así se expresan son protagonistas directos de aquellos días.

Ante la renuencia del monarca a hablar sobre Carrero, Villalonga dijo: Mire, señor, cinco o seis vascos, con cara de vasco, con acento de vasco y probablemente con boina de vasco durante un año estuvieron haciendo un túnel en una calle de Madrid, en la época en que nadie se movía en Madrid sin que la policía se enterara, evidentemente allí se había hecho la vista gorda seguramente. Y entonces uno empieza a preguntarse por qué razón llegó el doctor Kissinger veinticuatro horas antes a la embajada americana, por qué razón desaparecieron de las aceras todos los coches de la embajada americana como si se supiera. Y bueno, y lo primero que hay que preguntarse, a quién beneficiaba este asunto. Los de ETA probablemente lo hicieron pensando que matando a un alto funcionario, desestabilizaban. Pero esa desaparición brutal de Carrero beneficiaba, sobre todo, a una parte ultraderechista, por ejemplo, de la Falange, entre otros. Porque, el apoyo que Carrero le prestaba al futuro Rey era muy grande. Desaparecido Carrero ya era mucho más fácil atacar el posible retorno de la monarquía, que no querían además. Por otra parte, demasiada gente en el extranjero saben del atentado de Carrero, así que yo creo que estaban mezclados probablemente los servicios secretos americanos, probablemente la CIA.

-Él me dijo, pues la verdad es que yo no sé nada, y me lo creí. Es posible que no sepa nada, que no esté al corriente del asunto, aunque me extrañaría, pero noté enseguida que no había que insistir en el tema porque era un tema que molestaba. Y cada vez que he tratado de este

asunto con gentes del poder o con gentes que podrían saber algo, siempre he tenido esa clase de contestación. Ya está, es una historia muy antigua.”

LA PIEZA QUE FALTA

El mismo día y a la misma hora que el presidente Carrero Blanco fue asesinado, muy cerca de él y sin él saberlo se encontraba un coche camuflado ocupado por agentes de la Unidad Operativa de la “Segunda Bis”, perteneciente al Alto Estado Mayor. Cuando el coche de Carrero salta por los aires en la calle Claudio Coello, la unidad de inteligencia recibe la orden de volver a su centro de operaciones y no hacer acto de presencia en la zona, y cuando los integrantes del equipo cruzan la puerta del centro de Operaciones Especiales comentan: “Nos lo hemos llevado puesto, menudo agujero hemos hecho”. Estas palabras que se prestan a pocas interpretaciones han sido recogidas literalmente de quien nos lo han contado, alguien se encontraba en ese lugar en aquel momento.

Recientemente otro militar implicado en el intento de golpe del 23-F, el comandante Ricardo Pardo Zancada, quien también estaba en aquellas fechas en el SECED a las órdenes de San Martín, en la presentación de su libro 23-F “La pieza que falta” aseguró que en el transcurso del consejo de guerra de Campamento “sonó como un trallazo cuando el comandante Cortina (de los Servicios Operativos Especiales del CESID), al ser preguntado por la presencia de coches de los servicios aquella tarde en las inmediaciones del Congreso, respondió: “También el día del asesinato de Carrero había coches en la calle.” Tras esta declaración que sonaba a clara amenaza, ningún miembro del Tribunal siguió insistiendo en el tema.

AQUELLA LLAMADA DEL 23-F

23 de febrero de 1998. No dejaba de ser una curiosa coincidencia que precisamente ese día los autores de este libro nos encontrásemos a bordo de un avión en dirección hacia una ciudad de España, cuyo nombre queremos olvidar, con el propósito de entrevistarnos con alguien que aseguraba que el asesinato del almirante Carrero Blanco se pudo haber evitado.

Horas antes se había puesto en contacto telefónico con nosotros. Decía tener una importante información que comunicarnos:

-Mire, le hablo despacio porque no puedo ... tengo ahora mismo una trombosis y ... no le doy mi nombre porque es un asunto muy secreto.

-De acuerdo.

-Si le diera mi nombre muchas personalidades se pondrían en pie de guerra. Yo pertenezco a los servicios de información durante veinticinco años y fui el que facilitó toda la información a Iniesta Cano.

-¿Información relativa a qué?

-Al asesinato de Carrero Blanco, cinco meses antes.

-¿Usted ya sabía entonces que se iba a producir el atentado contra él?

- Sí

-¿Cinco meses antes?

-Sí. El que le dio a Iniesta Cano la información fui yo.

Cuando uno está investigando un tema, a veces se producen llamadas como ésta, pero desgraciadamente en su mayor parte son falsas u obedecen a un excesivo afán de protagonismo. Aun a sabiendas de ello debemos tenerlas en cuenta. Por eso tenemos la precaución de grabarlas, para más tarde analizarlas o transcribirlas. Y así se hizo en esta ocasión. Toda la conversación se estaba registrando en una pequeña grabadora.

-Dígame, si tenían esa información los servicios de información de la Guardia Civil, ¿por qué no se detuvo al comando de ETA?

Se produjo un largo silencio al otro lado de la línea telefónica. Al cabo de unos segundos nuestro comunicante respondió:

-Mire, hubo personas muy interesadas, de alto rango militar, implicadas en romper el servicio que se estaba realizando en Francia, que lo estaba haciendo yo. Estaba autorizado por el propio Carrero Blanco a salir del país, irme a Francia e investigar, y hubo un alto jefe militar que tuvo interés en romper todo el servicio. Hubo alguien muy interesado en romperlo.

-¿Usted cree entonces que en determinados servicios de información se pudo haber conocido con antelación los planes de ETA para matar a Carrero Blanco?

-Mire, intervino un personaje de graduación militar muy alta...

-¿Que usted conoce?

-¿Que yo conozco? Sí. Yo le puedo dar pelos, señales, nombres, todo...

-¿Por qué cree usted que interesaba matar a Carrero o quitarlo de en medio? ¿Se lo ha preguntado alguna vez?

-Lo único que puede responder a esa pregunta es que hubo un jefe de alta graduación militar que me persiguió a muerte y que destruyó mi carrera.

-¿Vive todavía?

-Vive y es un militar de alta graduación.

Relató una larga lista de sufrimientos y la necesidad de contarle a alguien lo que sabía. Aseguraba poder fundar sus afirmaciones, tenía testigos, e incluso estaba dispuesto a carearse con aquellos a quienes señalaba si desmentían sus afirmaciones. Todo lo que iba a contarnos estaba dispuesto a firmarlo ante notario. No quiso desvelar su nombre. Nos citamos fuera de Madrid, en una ciudad de la costa del Mediterráneo. Él mismo estableció la forma en la que se llevaría cabo el encuentro.

EL HOMBRE DEL BASTÓN DE PLATA

Parecía demasiado novelesco, pero el tono de voz de aquella persona y la forma de expresarse nos hicieron confiar en él. No parecía un psicópata sino alguien que sufría desde hacía años. Seguimos al pie de la letra sus indicaciones. De espaldas, al aire libre, en la churrería que se nos había indicado, había un hombre de mediana estatura, sentado, solo, en una mesa. A su lado un bastón con mango de plata. Era él. [...] El agente francés tenía acceso al despacho del ministro de Interior, y copió notas confidenciales referidas a los movimientos de ETA.

-Eran sobre los movimientos de ETA en Bayona y Andorra, incluso acerca de la propaganda de ETA que se realizaba en los sótanos del Banco de Bilbao. Lo notificamos vía secreta a Iniesta Cano y a "Sáenz de Santamaría, jefe de Estado Mayor de la Guardia Civil."

Esas notas indicaban que tres comandos de ETA habían atravesado la frontera en dirección a España para cometer un atentado de envergadura contra una alta personalidad del Gobierno. Uno de los comandos se dirigía a Madrid.

El asesinato del almirante Carrero venía a confirmar la veracidad de aquella información que, desde el sur de Francia, el agente Tormes y el coronel Demagnian habían hecho llegar a la dirección de la Guardia Civil. Carrero era el objetivo y ETA había dado en el blanco.

El día que asesinaron al presidente del, Tormes sintió como si algo le golpeará: "Como un mazazo en la cabeza. Cuando me entero me doy cuenta de todo lo que pasaba, me doy cuenta de que no se habían tomado las medidas necesarias, me doy cuenta del fracaso de los servicios de información, por una parte de la Dirección General de Seguridad, que lo sabía, y por otra parte de los propios servicios míos, de la Dirección General de la Guardia Civil. "Alguien le tuvo que dar la idea a ETA. Uno de los que hicieron el túnel era el no va más en explosivos, era un terrorista francés que había pertenecido a las OAS: "Esto es obra de fulano de tal", y ése jamás fue detenido.

En octubre de 1973, Laureano López Rodó, acompañando al entonces príncipe de España, entregó a su colega francés, Michel Jobert, una lista elaborada por la Dirección General de Seguridad en la que figuraban todos los nombres y las direcciones de los etarras en Francia.

-Mire -le dijo López Rodó-, ustedes están dando cobijo a etarras que cruzan la frontera, cometen sus atentados y luego gozan de derecho de asilo. Por lo menos, aléjenlos de la frontera española. Si no los quieren ustedes echar de Francia, hagan que no los tengamos pegados a España, porque es muy duro saber que un señor está en San Juan de Luz, comete un atentado y luego lo esperan sus compinches al otro lado del Bidasoa para celebrarlo.”

Michel Jobert recogió la lista y prometió dársela al ministro del Interior francés, Poniatovsky, pero nunca hubo respuesta. Poniatowsky fue uno de los ministros del Gobierno francés que dos meses más tarde, en representación de su Gobierno, acudió al entierro del almirante Carrero.

El asesinato del presidente Carrero fue el detonante de lo que se conoce como “guerra sucia”, al menos es lo que aseguran aquellos que estuvieron vinculados a la lucha contra el terrorismo.

-Sí, es lo que llaman el Batallón Vasco Español.

Lo mismo que el GAL, tenía el consentimiento de los gobiernos, y además, es lógico. La guerra sucia existe en todas partes, así ocurrió en Alemania con la Baader Mainhoff, en Francia con la OAS, en Italia con las Brigadas Rojas... El Estado debe tener unos órganos de ejecución que han de estar por encima de creencias y de escrúpulos, porque hay que defender a la sociedad. Usted y yo podemos perdonar a los asesinos, pero el Estado no, no puede. ¿Qué motiva la creación del Batallón Vasco Española del GAL?: unos terroristas que están asesinando. A esta gente hay que eliminarla, por el procedimiento expeditivo. Esto es una guerra y hay que defenderse.”

Quien así habla es C. S., un coronel retirado, oficial de Inteligencia del Alto Estado Mayor en 1973 que quiere mantener su anonimato para evitar posibles represalias. Para este militar lo que hoy se conoce como la guerra sucia es sólo un deber del Estado, una cuestión patriótica.

OPERACIÓN CANTABRIA

El coronel C. S. estaba al frente de una unidad de elite de información del Alto Estado Mayor cuando Carrero fue asesinado. A los tres días del magnicidio, recibe en su despacho una

llamada del ministro del Ejército, Coloma Gallegos, quien le ordena que ponga en marcha inmediatamente una investigación “paralela” para esclarecer todos los detalles del asesinato del presidente Carrero.

El coronel C. S. sabe que se trata de un encargo “extraoficial”. Se le facilitan todo tipo de medios, se le habilita una partida de los llamados en otros tiempos “fondos para reptiles” que no tienen que ser justificados ante nadie y se pone a su disposición un equipo de expertos en lucha antiterrorista que se van a encargar de conseguir y analizar todo tipo de información, tanto en España como en el sur de Francia. Sobre todo en el sur de Francia.

La investigación es secreta y se conocerá como “Operación Cantabria.” La llevará a cabo un grupo de doce policías. De los informes que se redactan semanalmente únicamente existe el original, que lo guarda el coronel C. S., una copia en la Dirección General de Seguridad y otra que es enviada al Ministerio del Ejército, a través del Alto Estado Mayor.

En un primer documento se señala que los etarras Roberto Fernández Palacios y Rufino Vicente Serrano Izco habían sido detenidos por la Guardia Civil el verano de 1973 y en su declaración afirmaron proceder de Madrid. Ambos terroristas volvían a San Sebastián después de participar en la asamblea que la dirección de ETA había llevado a cabo en un piso de Getafe. En dicha reunión se discutieron las condiciones para llevar a cabo el secuestro y posterior asesinato del almirante Carrero Blanco.

También se habla de la huella del etarra Zigor descubierta en las dependencias del DNI asaltadas por ETA en noviembre de 1972, un hecho que ya hemos relatado. Se citan los avisos enviados desde Francia y el País Vasco sobre un comando que prepara “una fuerte acción en Madrid”.

El documento aporta una detallada relación de etarras refugiados en el sur de Francia, así como un listado completo de personas de nacionalidad francesa que apoyan y dan cobijo a “refugiados” vascos. El informe destaca los numerosos fallos cometidos por los terroristas del comando Txikia a lo largo del año que permanecieron en Madrid, algunos de los cuales ya hemos descrito en páginas anteriores. Una por una se ponen de manifiesto las numerosas “negligencias” de los responsables políticos y policiales.

En altas instancias del Ejército se desconfía de la policía, de la Guardia:-Civil, del SECED y de las investigaciones judiciales que se llevan a cabo. Los militares están decididos a tomarse la justicia” por su mano y ponen en marcha una segunda fase de la operación.

El objetivo es, ahora, obtener la máxima información sobre los activistas de ETA: cómo viven, dónde se esconden, quiénes los apoyan y, sobre todo, controlar a los miembros del

comando Txikia. Los terroristas no han matado solamente al presidente, han matado a un militar.

UNA LLAMADA INESPERADA

Los autores de este libro han tenido acceso a una parte de la documentación de la “Operación Cantabria.” El resto del informe, del que no queda copia, ha sido destruido. En 1978, cinco años después -ya con Adolfo Suárez como presidente del Gobierno-, el coronel C. S. recibe de nuevo una llamada en su despacho. Quien está al otro lado del hilo telefónico es el general Guillermo Quintana Laccaci.

-Me llamó el capitán general Quintana Laccaci y me dijo: “Oiga, tráigame usted todos los papeles de la 'Operación Cantabria.’” Yo pensé “¡Es para destruirlos!”, porque tenía noticias de que habían mandado destruir los que había en poder de la policía. Entonces decidí fotocopiarlos antes de entregar el original y, efectivamente, cuando me presento ante el general, Quintana Laccaci los destruye en mi presencia.

-¿Le dijo el capitán general que tenía instrucciones para hacer desaparecer el informe?

-Sí, sí, papel por papel, se destruyó. “Es que tenemos instrucciones de que desaparezca”, me dijo. “Hay que destruirlo porque las órdenes que tengo es que hay que destruirlo todo.”

-¿Órdenes de quién?

-Por encima del capitán general sólo está el ministro.”

[Cinco años después del atentado se asesina a uno de los integrantes, Argala] El hombre que puso a punto el atentado contra Argala habría sido el francés Jean Pierre Cherid, personaje clave en la historia de la guerra sucia contra ETA desde los tiempos del Batallón Vasco Español, hasta la puesta en marcha de los GAL en 1983. Su carrera profesional como antiguo colaborador de la OAS se desarrolló en España, apoyado y financiado por los servicios de inteligencia militares españoles, sobre todo el SECED. Los otros integrantes del comando que prepararon el atentado contra Argala habrían sido el argentino José María Boccardo Alemán (ex miembro de la Triple A) y el neofascista italiano Mario Ricci. Los mercenarios recibieron un completo dossier en el que se les indicaban direcciones, matrículas y todo tipo de detalles sobre el objetivo.

La orden era liquidar a Argala. También se les apuntaba dos nombres más para ser “eliminados” con posterioridad: José Manuel Pagoaga Gallastegui, Peixoto, y Domingo Iturbe Abásolo, Txomin.

La consigna era asesinar a Argala el mismo día que habían matado al almirante Carrero Blanco. La noche del 19 de diciembre una carga explosiva es colocada en los bajos del coche de Argala, un Renault-5 de color naranja. Pero durante el día 20 Beñarán Ordeñana no sale de su domicilio en Anglet. Argala se ha levantado con unas décimas de fiebre y no sale de casa. Al día siguiente, a las nueve y media de la mañana, Argala se dirige a su coche, estacionado en un aparcamiento público frente a su domicilio. Introduce la llave de contacto y arranca. Cuando el vehículo inicia la marcha, la rueda trasera izquierda acciona el detonador.

La muerte de Argala provoca una fuerte conmoción en Euskadi. Todos los líderes políticos condenan) el hecho y Txiki Benegas, entonces consejero de Interior del Gobierno vasco, declara que “la bomba que mató a Argala en Anglet responde exclusivamente a una reacción visceral de venganza y no a una estrategia positiva de solución al problema vasco”. Así se cerró para algunos el asesinato del almirante Carrero Blanco.

Lejarza conoce muy de cerca cómo trabajan los servicios de inteligencia! americanos, la CIA. Sabe que su control sobre lo que ocurría en España en la década de los setenta era total y que tenía colaboradores e infiltrados en todos los estamentos políticos, legales y clandestinos, así como en los movimientos subversivos y por supuesto en el sur de Francia y en ETA. Los etarras creían ver, cortantemente, agentes infiltrados entre sus filas. El propio Iñaki Mígica, Ezkerra, el jefe del comando que mató a Carrero Blanco, estuvo bajo sospecha y llegó a ser acusado de trabajar para la CIA. Así se lo confesó a El Lobo cuando en ETA comenzaron a sospechar de Lejarza como agente de los servicios secretos españoles: “Miguel, no te preocupes, tranquilo, porque a mí me ha costado muchísimo demostrar a la organización que yo no pertenecía a la CIA.”

Unos simples peones. Una mano negra maneja a los etarras. Eso cree Miguel Lejarza: “Un comando bragado no te viene y se está aquí un año preparando una cosa, eso es imposible. ¡Vamos!, y menos que te vengan los dirigentes, los principales y se pongan aquí a hacer una cosa de éstas. Eso no se lo puede creer nadie, es imposible. Yo conozco perfectamente a esta gente, conozco su forma de pensar y desde luego es totalmente imposible, totalmente imposible. Por eso, a mí no me cabe ninguna duda de que hay una mano muy fuerte detrás de todo esto, una mano fortísima y éstos son unos simples peones, los manejan.”

MIKEL LEGARZA, EL LOBO

“Yo sí sé que dentro de ETA había ingenieros, había de todo, lógicamente, pero no cometían este tipo de atentados. Yo estoy convencido de que ETA no estaba preparada para esto, pasó tiempo para que estuvieran preparados, porque tuvieron que hacer cursillos especiales. Incluso cuando estaba yo no se tocaba el tema de explosivos, digamos que la poca enseñanza que daban era la pistola y el tiro”.

Su conocimiento, desde dentro, de la forma de operar de los activistas etarras y de su mentalidad le convierten en una de las pocas personas con capacidad para evaluar el verdadero potencial de la organización terrorista en aquellos años.

Aún hoy no se explica cómo el comando Txikia tuvo tantas facilidades a la hora de conseguir su infraestructura y cómo pudieron circular por Madrid durante más de un año sin ser detectados. “Es imposible, totalmente imposible, y sobre todo en 1973. O sea, si después era complicadísimo, en 1973 era muchísimo más complicado todavía. El desconcierto que tenían en la ciudad, porque primero es eso, el desconocimiento que tienen de la ciudad, porque cuando recurren a mí para preparar la infraestructura, a mí recurren como jefe de infraestructura de Madrid y Barcelona, porque era donde más les interesaba. Recuerdo precisamente por eso, por mis conocimientos de las ciudades, o sea, ellos tenían un mínimo conocimiento de las ciudades, por no decir prácticamente nada.”

Las investigaciones llevadas a cabo por la policía resultan cuando menos incompletas y el sumario, abierto y cerrado de forma precipitada, un cúmulo de obviedades. Da la impresión de que nunca nadie ha querido profundizar en lo que realmente pasó aquel 20 de diciembre de 1973, y que para todos lo mejor es apostar por el olvido. Para todos menos para la mayoría de los españoles, que todavía se resiste a creer que un grupo de jóvenes etarras, sin infraestructura en Madrid, pudieran llevar a cabo el atentado más perfecto que se recuerda, burlando a los servicios de información del Estado, precisamente en unos momentos en que la sociedad española había convertido a vecinos, porteros, serenos, taxistas, funcionarios de servicios públicos o trabajadores de hoteles en informantes permanentes del sistema.

El “caso Carrero” sigue despertando interés y es objeto de todo tipo de especulación porque nunca nadie ha dado explicación a las interrogantes que suscita, nadie ha despejado las dudas.

Carmen Carrero Pichot, la hija que esperaba en Sevilla a sus padres para pasar juntos aquella navidad de 1973, vive con el recuerdo de aquella mañana en la que le comunicaron la muerte de su padre. “Claro que se dejó hacer. Eso a mí no me lo pueden quitar de la cabeza.”

El presidente Carrero Blanco era un estorbo para muchos y a todos ellos benefició su muerte. Los ~, los herederos del Movimiento, le veían como un obstáculo. Tras su muerte volvieron a ocupar todas las carteras del nuevo gobierno, borrando de un plumazo, los tecnócratas que habían llegado de la mano del Opus Dei.

La familia Franco no aceptaba el quedar relegada a un segundo plano una vez que el príncipe Juan Carlos fuera nombrado Rey a la muerte de Franco. La desaparición de Carrero dejó al príncipe Juan Carlos sin su principal valedor. También la oposición y en particular el Partido Comunista de España veía en la figura de Carrero Blanco un gran obstáculo, ya que representaba para ellos la continuidad del régimen; además, apoyaba a un Rey que había jurado fidelidad a Franco y los Principios Fundamentales del Movimiento. La oposición democrática mantenía contactos con Don Juan en Estoril y ya le había advertido que no admitirían a su hijo como Rey. Las fuerzas democráticas veían a Juan Carlos como un rehén en manos de Carrero. Al almirante y no a otro se dirigían todas las miradas cuando Franco decía que “todo estaba atado y bien atado”.

En último lugar estaba ETA, para ellos matar a Carrero suponía una gran éxito de imagen a nivel internacional. El magnicidio de un presidente sería su mejor carta de presentación: la noticia daría la vuelta al mundo.